

PICASSO

GENIO ESPAÑOL

Un español de pro; un español de ésos que sobrecogen. Un español carpetovetónico, bárbaro,



Picasso —como veremos después, al volver la página— fue también tentado por el cine. Aquí está construyendo para una película sobre su vida la figura de una mujer



Picasso: «Las Meninas». Motivo de esta creación: rendir homenaje al saber y poder velazqueño. Pintura singular e insólita. Homenaje justo y cabal al genio.

que oficia de pintor, pero que igual hubiera podido ser, de haber caído por nacimiento en el país tiempos atrás, un numantino, un conquistador de Indias, un andaluz de los que asombraban y asustaban a Marimée, un mozo de estoques en la cuadrilla de Pepe-Hillo, un pintor del furioso realismo español: de los que volcaban su cavilación en las cuevas levantinas, o de los que exaltaban la realidad de la naturaleza al extremo en la pintura del siglo XVII.

Lo español en Picasso se manifiesta de forma entrañable, y por tal signo, lo entrañable es en él una fatalidad. Si se le oye hablar, se ve que acaba de salir del país; si se le ve pintar, se ve que no ha salido de España en los ochenta y un años de su vida. Es español por sus virtudes y por sus defectos. Español de esos que dicen: y esto, o lo otro, o lo de más allá, es así, porque me da la real gana. Y esto, que dicho por otros hombres parecería insólito, resulta que para

los españoles es el material que permitió construir los más escalofrantes, desconcertantes, quijotescos, grotescos, geniales y hasta paradójicos hitos de la historia nacional.

«La real gana» es auténticamente hispánica, y como tal, en Picasso, natural a su índole. Porque le dio la real gana, cambió el rumbo al arte del mundo, y porque le dio la real gana, se dedicó a españolizar las cosas del ser pictórico de Occidente. La real gana, que tuvo Goya, y que tuvieron a la vez Velázquez, y Herrera el Viejo, y Berruguete, y el decorador de los Comentarios al Apocalipsis de Beato de Liébana, y el pintor, o los mil pintores, del arte primero del Levante español.

Nadie tuvo «reales ganas» en arte fuera de los españoles. Los demás calculaban, medían, construían con el riguroso sostén que da la ciencia. Los españoles preferían dejar, como decía Unamuno, que inventasen ellos. Porque en el fondo este dejar las invenciones



muy del sentir picassiano. La musa de Picasso —mujer al fin— le permitió acabar su original obra, comenzada y finalizada en los cuatro momentos que vemos aquí.

aparatosas a otras manos, era igual a saber que el inventar de cara a la maravillosa introspección de las intimidades humanas, afilando el cuchillo y abriéndole al hombre las carnes, por gana real y por imperativo de la sangre, era condición que iba bien —pero que muy bien— al hombre de España, que fue desde antiguo un explosivo en el que se cocieron por igual,

Trajano y Pablos el Buscón, Torquemada y Don Quijote, Cortés y el Espartero, Felipe II y Picasso.

las cosas como fueron y son

¡Tremendo Picasso! Viéndole dibujar, se le abren a uno las carnes. Todo lo ha dibujado y todo lo ha pintado el hombre. Dibujó y

pintó las cavilaciones de su tiempo, desde las cosas que después se explicaron como universales por la física de Minkowski —el espacio y el tiempo nuevo—, hasta las cosas del cotidiano vivir: la guerra y la paz, el hambre, los títeres, el árbol, la guitarra y el toro, el hombre y la flor, tal como estas cosas fueron y son todavía en la vida del tiempo picassiano.

Pero la real gana del español, tiene, naturalmente, su médula y su osamenta, su vigor entrañable, su causa final. La real gana sale siempre «de dentro»; es decir, que ella arquitectura algo que es de razón, que está en el hombre en obediencia a la ley de su sangre. Y más aún, sale justa y cabalmente en el momento preciso. No es cuestión que cumpla al capricho del hombre, sino que es como una torrentera que cae de pronto sobre el mundo, lo envuelve y vence sin mayor reflexión, pero explicable.

Corresponde a la natural biología del español. Picasso lleva al arte lo que va a su placer, arrojado con las galas que da siempre lo insólito, pero su placer está aferrado a la tierra; se clava en ella, se fija y funde a su realidad como si de ella dependiese su vida.

la realidad

Y así es. Porque no cabe otra cosa al hombre español que entenderse a cara **SIGUE**

Estos son los cuatro hijos del pintor, llevados hasta hoy a la pintura: Pablo, María de la Concepción, Claudio y Paloma.





Dos detalles de «La guerra», en los que se distingue la sobria compostura cromática con que ellos se adornan: negro, azul, rojo y verde. Para un español, estos colores bastan.



En «El misterio Picasso», película en colaboración con Clouzot, hizo lucimiento de su portentoso genio pictórico. La película permite admirar al pintor trabajando en su taller viéndole construir y reconstruir su obra, desde el formalismo clásico al sintetismo extremo. El toro que damos al pie es la consecuencia de uno de sus toros barrocos, tal como se ve en esta película.

la pequeña historia

Málaga. Febrero de 1961. Frente a la casa de Picasso.

La portera. — ¡Le gusta a usted la casa?

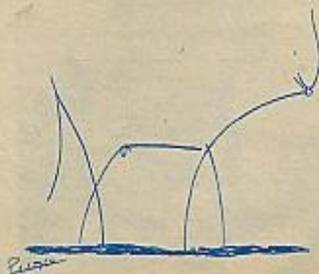
Yo. — Por lo menos me agrada por algunas cosas que pasaron aquí.

La portera. — Dicen que aquí nació un hombre famoso. Allí, ¿eh usted?: en el tercero.

Yo. — Sí; se llamaba y se llama aún don Pablo Ruiz Picasso.

La portera. — ¡Si lo dice usted!

Hace ahora dos años, un grupo internacional de crítica de arte, por idea del profesor Goya Nuño y mía, colocó en la casa del pintor una lápida que dice: «Aquí nació Pablo Picasso el 25 de octubre de 1881. El Congreso de Cooperación Intelectual en Homenaje a Velázquez».





Picasso: «La guerra». Es ésta una de las contadas obras que el malagueño dedicó a temas bélicos. Cuadro de tremenda expresividad. Es pintura recordatoria de la guerra coreana.



Picasso: «La Paz». Es la compensación del cuadro de la pelea coreana. Compensación, sosiego y esperanza de un mundo mejor, que es una de las pretensiones sentimentales más hondas del gran pintor español. El color aquí —¿cómo no?— gana en alegría.

LAS VISCERAS Y EL ALMA

Picasso: ¡Ná! Como aquel mozo de la estación ferroviaria de Jerez de la Frontera, que cantaba a la llegada del tren: ¡Jerd!, y después se volvía para decir: ¡Ná! ¡Qué orgullo, Dios, y qué desplante ante el toro nacional, mirando al tendido! Picasso: ¡Ná! Que le dé quien quiera una vuelta al arte del tiempo y verá lo que encuentra de Picasso y de España en tal arte. Porque pintar, lo que se dice pintar, se pintó de siempre, pero pintarlo a uno con las visceras al exterior, o pintarlo al país el alma, éste es poder que se baña en sangre, y para tales baños la tierra española se pintó sola desde el antiguo. Bravura indomable, en la que encuentra su ideal justificación hasta el disparate más tremendo.



Aquí ya está el toro, es decir, aquí ya está Picasso en su propio ambiente, en su salsa. Los toros y sus «cosas», como, por ejemplo, las cosas que son de picar: el picador, el ca

descubierta con la realidad o morir. Lo que sucede, es que esto de la «realidad» tiene múltiples caras y andar por ella a ciegas es más arriesgado que caminar por el filo de una navaja. La realidad para el español se entiende, por ejemplo, como una cosa que está aquí, alrededor nuestro,

y está allí, en la altura infinita. Una cosa que se toca y se respira; y una cosa que se sueña y se ambiciona por imposible. La realidad siempre a nuestro alcance y siempre alejada de él; vista y no vista; gozada sin esfuerzo mayor o entendida verdaderamente, realmente, como por milagro.

La realidad de Picasso es española por fatalidad. De estar tan en él, él la entendió en su ser verdadero, abriéndole la entraña. Y así le vio a la realidad en lo que ella tiene de angélica, en lo que tiene de quebradiza, en lo que tiene de múltiple, en lo que tiene de sorprendente, en lo que tiene de an-

gustada y terrible. Aquí están todos los tiempos picassianos.

Realidad como ella es en la piel y en la hondura de su ser entrañable. Sólo un español es capaz de conseguir que las arquitecturas de su arte distinto le bajen del cielo, llorando o como jugando. A Picasso le bastó con dejarse conducir por su sangre para alterar el pulso al arte de nuestra contemporaneidad, saltando hasta el no va más cuando la pretensión de dominio de las cosas se fija en lo español y hace presa de él.

Aquí está Picasso rizando el rizo. Aquí está verdaderamente, realmente, asombrosa y milagrosamente descrito. Cuando a Picasso le clava el aguijón de España, ya le entra a él y a mí —por no decir que a todo bien nacido del país— la dicha mayor del vivir para nuestras cosas españolas.



A Picasso, con tal que le echen toros, lo mismo le da que sean de las marismas del Betis que de las montañas de Creta. Al fin, dice el pintor, todo es holgorio y tragedia. El toro cretense se arropa aquí con igual grandeza que el toro hispánico.

los toros

Para entender la españolidad de Picasso, una sola cosa basta: los toros. Los toros son en la pintura de España cuestión que nadie entendió mejor que Goya, ni nadie hermozó mejor que Picasso. Ignoro si Picasso, a sus ochenta años cumplidos, dirá lo que el también ochentón de Fuendetodos a Moratín: «Goya dice que en su tiempo fue torero, y que con el estoque en la mano no tiene miedo a nadie.» Picasso —como Goya— lleva los toros en la sangre, aunque sean cretenses. Los descubre y pinta en



baño, la puya y el toro. Mundo múltiple en su imagen, soñado de mil maneras.

su extrema tensión, los quintaesencia. Son la quintaesencia y la realidad de España. Y con los toros, el hombre que a su aliento vive: el del estoque, el de la puya y el de la media verónica. Y como proyección natural, todo lo que es de naturaleza viva, agitada y sangrante en el país.

el círculo picassiano

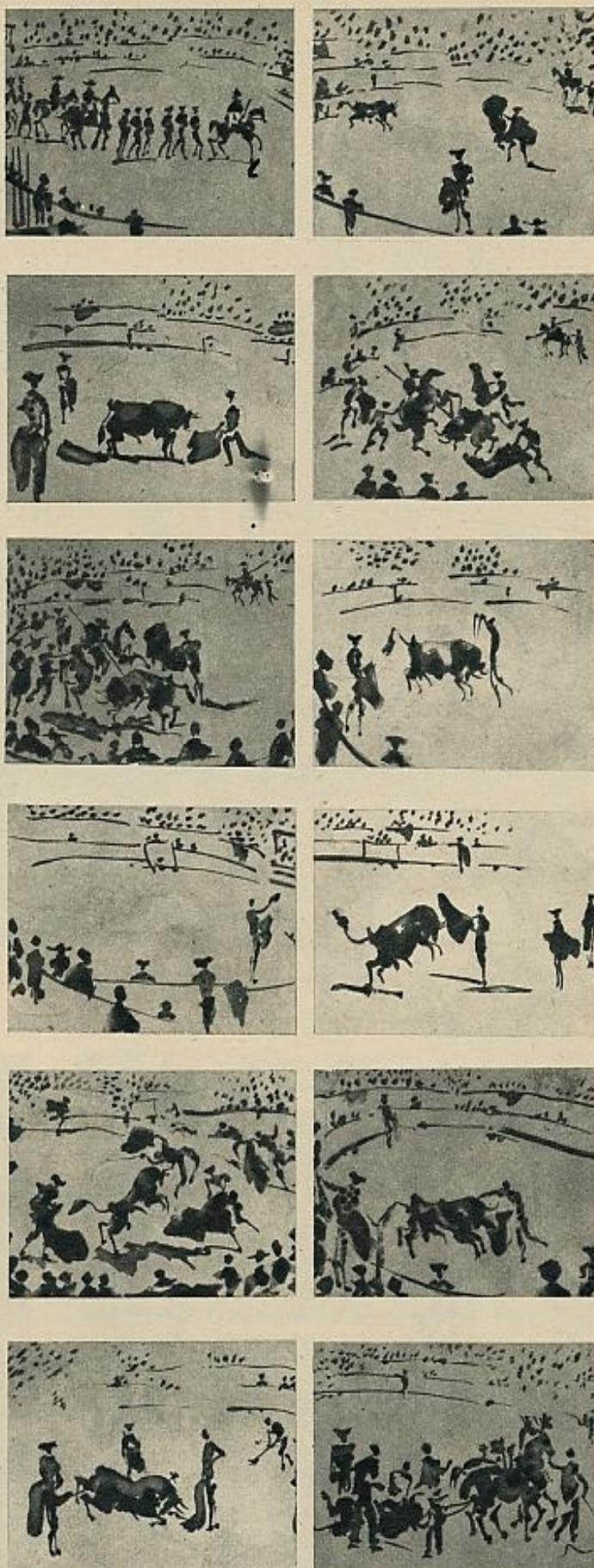
Y más allá todavía. Más allá del cuerpo, en el alma. Lo español se hace a su figura por Picasso, en su genio; es decir, en su índole; es decir, en su realidad y en su misterio. En los dominios españoles de Picasso no se pone el sol,

y a ellos lleva todo lo que su mano va encontrando como nacido en apariencia a la buena de Dios, dándole su aliento, cualquiera que sea su figura, cualquiera su cobertura formal. Y por encontrar, que es un decir muy de Picasso, lo que encuentra como quien canta, son quince o veinte mil años de pintura española. Encuentra allá por donde el arte empezó y trae este arte a nosotros como la pescadilla que se muerde la cola.

Yo le escribí en pasada ocasión a Picasso: «Usted se fue con el pensamiento —o sin el pensamiento, que no vamos a discutir por tal cuestión— al origen de nuestra pintura, se dio una vuelta por los tiempos pri-

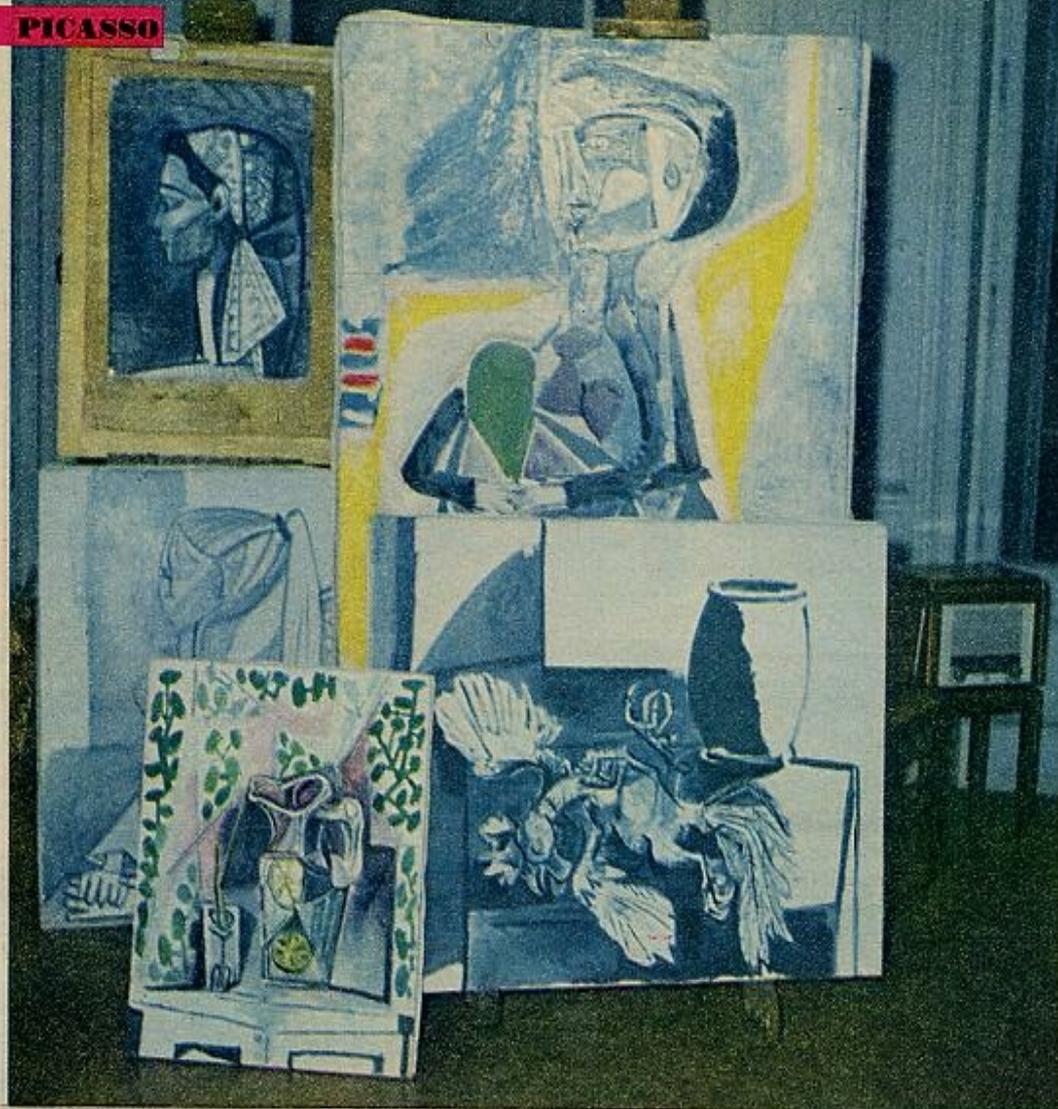
SIGUE

Como siempre sucede con el pintor, lo que toca se hace como cuestión de milagro. Un día se fue a Vallauri, villorrio francés sin historia, se puso a hacer cerámica y, como soñando, hizo famoso a Vallauri en el mundo. Hoy, el pueblo vive del capricho picassiano; vive de la «real gana» de Picasso por el noble hacer del alfar.



PICASSO Y PEPE-HILLO

«La Tauromaquia» del famoso espada Pepe-Hillo fue ilustrada recientemente por Picasso, a la manera de la aguatinta, tan querida por Goya. Quizá en pocas ocasiones llegó a mayor altura el saber de Picasso, ni jamás pudieron los toros, con la exclusión de don Francisco el de Fuendetodos, conseguir para el arte grandeza igual.



El taller de Picasso, dos caballetes. Sobre ellos, la obra del pintor. Al fondo —¿afán de modernidad?— una radio.

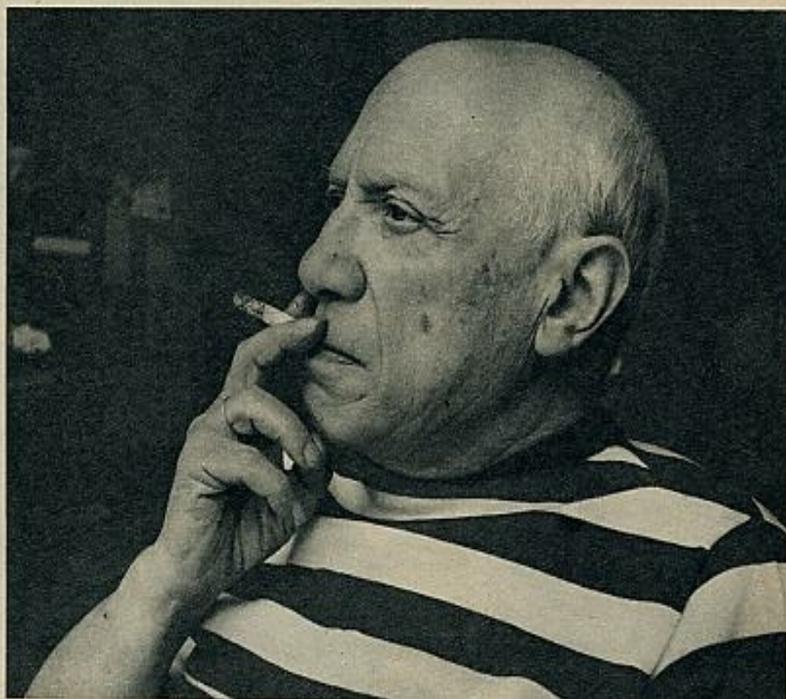
meros del arte, y como quien no trata de hacer daño alguno, enlazó aquello primero con lo de hoy, y por arte de birlibirlique consiguió que lo que era historia pasada se hiciese historia y vida de hoy a la vez, sin solución de continuidad. Usted se ha burlado del tiempo, ha trastocado el orden de las cosas; para usted quince o veinte mil años son accidentes colocados en el vacío, que si dejan tales años de ser en el vacío y son, por lo tanto, algo, es porque usted no olvidó insuflarles ese aire cálido y espeso que sale de la sangre y que volando por los espacios astrales, como perdidos en el tiempo, tocan a cada minuto la tierra de España y toman en ella, como Anteon, fuerza para lo eterno.»

...

Así es Picasso; un hombre español: «¡Ná!» Un trozo de España; un español con ochenta años, que también toca, aunque sea por el sueño, la tierra del país con el pie, para no sufrir de desmayos e impulsar como en el día primero, su hombría de pintor incomparable. Un pintor, un español, un hombre...

JOSE DE CASTRO ARINES
Premio Nacional de Literatura

Fotografías en color:
Guy de Belleval - ZARDOYA



1881. Málaga. Plaza de la Merced. En esta casa nació el pintor. Desde allí se trasladó con la familia a La Coruña y Barcelona. En Madrid estudió en San Fernando. Sus hijos se llaman Pablo, María de la Concepción, Claudio y Paloma. Su único pasaporte: español. Su única afición permanente: los toros. Bien no sabe hablar más que una lengua: la que aprendió al nacer.